

como ministro de Negocios extranjeros, y M. de Falloux como ministro de Cultos.

M. Barrot, á quien no se le ocultaba el fracaso que significaría para la causa conservadora el triunfo de la revolución en Roma, asustábase de la estrecha alianza que existía entre los demagogos de Italia y los de Francia, y comprendía además perfectamente que el partido católico, entonces lleno de buena voluntad, se volvería hostil si no se reintegraba al papa en sus Estados; mas á pesar de estas consideraciones vacilaba porque temía las responsabilidades que pudiera contraer ante la Asamblea, y temía asimismo las complicaciones que sobrevendrían. Su espíritu, poco abierto á las cosas religiosas, no le mostraba de una manera clara la grandeza de los intereses que había de proteger.

M. Drouyn de Lhuys, familiarizado con las tradiciones diplomáticas, consideraba necesario evitar á todo trance así el triunfo de la demagogia en la península italiana como la restauración del pontífice por el Austria, pero hacíase todavía la ilusión de que podría evitarse, sin una intervención directa, una y otra eventualidad, y acariciaba la esperanza de que acabarían por llegar á una inteligencia los romanos, deseosos de ver de nuevo al papa, y el papa, deseoso de ver nuevamente Roma. Y ante la idea de que los acontecimientos evitarían la perplejidad de una decisión, se inclinaba, como M. Barrot, á la política dilatoria.

M. de Falloux, movido por sus propias convicciones y por los consejos de sus amigos, era el único que opinaba resueltamente por la intervención y no cesaba de combatir los aplazamientos y las medidas vagas tras de las cuales se amparaba la timidez de sus colegas. El atrevimiento refrenado de su lenguaje y la precisión de sus exposiciones asegurábanle una influencia que no estaba en relación con su juventud y con lo reciente de sus servicios. Su principal objeto era atraer á sus opiniones al presidente de la República y demostrarle cuán provechosa para su causa y para su nombre sería una iniciativa resuelta.

Si las disposiciones del presidente y de los ministros eran oscuras ó indecisas, menos favorables aún eran las de la Asamblea constituyente. Al conocerse la noticia del asesinato de Rossi, todos los corazones honrados habíanse sublevado llenos de indignación, y bajo impresión semejante había podido formarse una mayoría parlamentaria para ofrecer á Pío IX el apoyo de nuestros soldados y la hospitalidad del suelo francés; mas no había que deducir de este voto consecuencias que en realidad de él no se derivaban, pues una cosa eran estos ofrecimientos á un pontífice venerable y desgraciado, y otra habría sido una restauración del poder pontificio. Contra tal empresa habríase declarado, no sólo la extrema izquierda, sino que también casi todo el partido republicano, y únicamente habrían aplaudido este proyecto los miembros de la derecha y algunos representantes aislados de los otros grupos.

La anarquía que reinaba en Roma no tardó, sin embargo, en proporcionar un primer argumento á los partidarios de la intervención.

Al conocer la fuga del papa, la primera impresión de los romanos había sido de perplejidad: les agradaba gobernar sin tener en cuenta la opinión del pontífice, pero estaban acostumbrados á escudarse en su refrendo.

Los ministros habían ideado administrar en nombre del papa como si éste estuviera presente; pero Pío IX había protestado desde Gaeta contra este abuso que se hacía de su autoridad, y aún había hecho más, puesto que había designado una comisión ejecutiva de siete miembros encargada de proveer en su ausencia á todas las necesidades de la cosa pública. Las Cámaras, á su vez, negáronse á reconocer esta comisión y crearon una *Junta de Estado*, especie de triunvirato del que formaban parte los Sres. Corsini, senador de Roma; Zucchini, senador de Bolonia, y Camerata, senador de Ancona. En el entretanto comenzaron á circular peticiones solicitando la convocación de una *Constituyente*, y que si bien llevaban pocas firmas se propalaban ruidosamente y se hacían pasar como expresión de un deseo popular y unánime. La *Junta de Estado*, que por dimisión del Sr. Zucchini había quedado reducida á dos individuos y que había sido reformada poco después con el nombramiento del Sr. Galetti, propuso á la Cámara de los diputados que diese satisfacción á los peticionarios; pero la Cámara, á quien repugnaba esta última violación del *estatuto*, alegó que no había suficiente número de diputados y se sustrajo á la discusión. Entonces la Junta decretó la disolución del Parlamento, fijó la fecha de 21 de enero para las elecciones de la Constituyente, y finalmente, privada del concurso del Sr. Corsini, que se había negado á asociarse á tales actos de arbitrariedad, resignó su autoridad en manos de una Comisión de gobierno en la que dominaba Sterbini. Como se ve, en la ciudad, privada de su pontífice, cambiaban rápidamente los poderes. Pero ya no gobernaban ni la Comisión, ni siquiera los círculos, ni los clubs ni la guardia cívica, sino los extranjeros que de todas partes de Italia acudían á Roma atraídos por la esperanza de los próximos disturbios. En medio de este desorden se preparaban las elecciones. Pío IX había prohibido á sus súbditos fieles que tomaran parte en ellas, prohibición que tuvo por consecuencia la abstención de todos los partidarios del papado; de suerte que, habiendo votado sólo los demás, no hay que decir cuál fué la composición de la Asamblea. Reunióse ésta el 5 de febrero, y el 9, después de quince horas de discusión, proclamó la destitución del poder pontificio y el establecimiento de la República. Los radicales más avanzados de nuestra Asamblea apresuráronse á enviar un mensaje á sus hermanos de la Constituyente romana, como para hacer constar la alianza entre los demagogos de ambos países.

Estas noticias, transmitidas ya por las correspondencias de los periódicos, ya por los despachos de nuestros agentes, necesariamente habían de impresionar al gabinete francés, y la idea de una intervención próxima comenzó á arraigar en los ánimos. Pero los mismos que juzgaban necesaria esta intervención persistían en el temor á sus consecuencias; hubiérase querido recoger todos los beneficios de la misma sin asumir sus responsabilidades, y á fomentar durante algún tiempo esta esperanza contribuyó una combinación ideada en Turín.

Gioberti, que era, como se recordará, autor del *Primato*, había sido llamado á la presidencia del consejo en el ministerio sardo á fines de 1848, y una vez en el poder pensó en ejecutar el plan que en otro tiempo trazara su pluma, pareciéndole que las circunstancias eran para ello propicias. El papa se había visto obligado á

salir de Roma; ¿por qué no había de intentar el gobierno de Carlos Alberto establecer una inteligencia entre el pontífice y sus súbditos? ¿Por qué no había de ser el restaurador del orden constitucional en toda la península? Con esta iniciativa el Piamonte consagrara su preeminencia sobre todos los Estados de Italia, y por encima de Turín, que representaría la fuerza material, no habría más que Roma, símbolo de la fuerza moral. Se salvaría la libertad y también el orden, y, en una palabra, el ministro habría realizado al mismo tiempo el ensueño del publicista.

Imbuído en estas ideas, Gioberti dejó entender claramente en sus despachos que, siendo el papa un príncipe italiano, sólo los gobiernos de la península podían alzar la voz en favor suyo (1), y aún fué más allá, puesto que hizo indicaciones en este sentido á Gaeta, á Roma y á Nápoles. Esta especie de arbitraje interesado no gustó á nadie en Italia. El papa no vaciló en rechazarlo y no porque no tuviese confianza en los sentimientos personales de Carlos Alberto, sino porque desconfiaba de la avidez piamontesa, temía el espíritu democrático de aquel país y recordaba, por último, no sin disgusto, la hostilidad con que en Turín había sido recibido el proyecto de *Liga italiana* concebido por Rossi. La acogida, desfavorable en Gaeta, no lo fué menos en Roma, y en cuanto á la corte de las Dos Sicilias su desacuerdo con la de Turín era completo, llegando la malevolencia de la diplomacia italiana hasta el punto de dar á entender que si las tropas sardas ocupaban algún día las Legaciones sería no para restituir las sino para retenerlas en su poder. Ni siquiera en su propio país podía contar Gioberti de una manera cierta con el asentimiento de sus amigos; en efecto, las elecciones que acababan de verificarse en el Piamonte habían vigorizado extraordinariamente el partido democrático, y era de temer que una tentativa de restauración del papa, aun hecha con todas las garantías constitucionales, levantaría vivas protestas.

Gioberti, al ver rechazado en todas partes de Italia su proyecto, dirigióse á Francia, y así como en los gobiernos italianos sólo halló frialdad, en el Elíseo encontró simpatías. Luis Bonaparte quedó seducido por la aparente grandiosidad del plan de Gioberti; su espíritu, poseído entonces de la teoría de las nacionalidades, había de complacerse con un arreglo de la cuestión italiana llevado á cabo por los italianos mismos. Además, la intervención piamontesa, considerada desde el punto de vista francés, tenía la doble ventaja de colmar los deseos de los católicos sin lanzar un reto á las voluntades de la Asamblea constituyente y de restablecer al papa en sus dominios sin hacer de Francia el gendarme del pontificado. A decir verdad, este pensamiento encontró en el seno del ministerio un adversario decidido en la persona de M. de Falloux: «Querier ocultar á Francia detrás del Piamonte, respondía al Sr. Gioberti, es ocultar á un gigante detrás de una caña (2).» Y luego, dirigiéndose á sus colegas, burlábase, no sin razón, de aquella monarquía piamontesa, ayer vencida y obligada á ponerse bajo el amparo de la protección de Francia

y de Inglaterra y hoy dispuesta á proteger á los demás. «¿Con qué derecho, decía, se atribuye este papel si no es con el derecho de sus derrotas?» Y añadía que Francia, escondiéndose detrás de Cerdeña, asumía en caso de un mal éxito la responsabilidad del fracaso y se privaba del honor del triunfo si el éxito era satisfactorio.

Este lenguaje de M. de Falloux impresionaba, pero no convencía; era evidente que el plan de M. Gioberti, poco grato en Italia, en nuestro país se iba abriendo paso. Bien pronto se tuvo la prueba de ello: habiendo interrogado Ledru-Rollín en 20 de febrero al gabinete acerca de los rumores de una supuesta intervención piamontesa que había de realizarse en las Romañas con la complicidad de Francia, el ministro de Negocios extranjeros M. Drouyn de Lhuys no desmintió tales rumores y se limitó á observar con irónica reserva que el territorio sardo no confinaba con el territorio pontificio (3). Dos días después, el propio ministro, en un despacho á nuestro representante en Gaeta, M. d'Harcourt (4), no vacilaba en considerar la intervención de los gobiernos sardo y napolitano como la mejor de las combinaciones. Esta solución, en concepto del señor Drouyn de Lhuys, haría inútil la acción de las grandes potencias y encadenaría á Cerdeña á la política conservadora; por esto recomendaba á su enviado que trabajara con todas sus fuerzas para vencer la repugnancia que hacia el Piamonte sentía el Padre Santo: «No es posible, añadía el ministro (5), excluir á Cerdeña sin lanzarla á las filas enemigas.»

Los acontecimientos no tardaron en hacer justicia á esta concepción, seductora á primera vista, pero de todo punto quimérica, dado el estado en que Italia se encontraba. En el momento mismo en que M. Drouyn de Lhuys enviaba á Gaeta las instrucciones que acabamos de indicar, el partido demagógico, muy poderoso en la nueva Cámara piamontesa, derribaba á Gioberti, desvaneciéndose con él el proyecto por él inventado y patrocinado (6). Descartada esta solución intermedia, no quedaba más alternativa que optar francamente entre la política de abstención y la de acción; las noticias de Roma aconsejaban la adopción de esta última y hacia ella tendían también las disposiciones de las potencias.

Los antiguos súbditos del papa habían podido votar la *República romana*, pero no resucitar los grandes recuerdos que evocaba este nombre. El nuevo gobierno había sido proclamado en el Capitolio; habíanse disparado salvas de artillería en señal de regocijo; algunos hombres anquilados mediante algunos bayocos, y provistos de antorchas, se habían desparramado por el *Corso*

(3) *Monitor* de 1849 pág. 577.

(4) M. Drouyn de Lhuys á M. d'Harcourt, 22 de febrero de 1849.

(5) El mismo despacho.

(6) El gabinete no renunció sin disgusto á la idea de una intervención piamontesa ó cuando menos puramente italiana. El 27 de febrero, seis días después de la caída de Gioberti, M. Drouyn de Lhuys, en un despacho á nuestro representante en Madrid, expresaba el sentimiento que le había producido el hecho de que no hubiese podido adoptarse esta combinación: «Habíamos pensado, decía, que la mejor manera de prevenir los inconvenientes de una intervención extranjera que se ejerciese para asegurar la restauración pontificia, sería que esta intervención la realizaran potencias italianas, y en su consecuencia propusimos que á Cerdeña se uniera Nápoles, cuyo concurso acepta el papa...»

(1) Véase *Correspondence respecting the affairs of Italy*, parte IV, pág. 70.

(2) M. de Falloux, *Question romaine: Antecedents de la situation actuelle*, 1860 (*Mélanges politiques*, tomo II, pág. 178).

para simular unas iluminaciones que no existían; de todas partes se habían arrancado los escudos pontificios; habíase hablado mucho de alistamientos voluntarios y de levas en masa, y aun se había llegado á asegurar, con grandes impulsos de indignación, que los bárbaros serían arrojados de Italia. Pero esta mezcla de parodia guerrera y de comedia política era más propia para excitar la risa que para conquistarse la estimación de Europa. A estas manifestaciones pueriles é inofensivas sucedieron otras que lo eran menos: un decreto de 21 de febrero declaró propiedad de la República romana todos los bienes eclesiásticos del Estado romano; cuatro días después, otro decreto impuso á los ricos un empréstito forzoso que variaba, según las fortunas, entre el quinto y los dos tercios de la renta anual (1). Estos dos decretos, además de inicuos, eran ineficaces: los bienes eclesiásticos se componían de iglesias y objetos de arte ó de vastos patrimonios de difícil realización, aparte de que las naciones católicas tenían, en virtud de antiguos títulos, ciertos derechos sobre gran número de conventos ó de santuarios; y en cuanto al empréstito forzoso, la huida de la mayor parte de familias notables hacía casi imposible su percepción, siendo preciso, para que produjese algo, recurrir á la expropiación, y ésta, dada la situación del crédito público y privado, no podía dar sino resultados irrisorios. Y mientras se esperaban los efectos de estas violencias inútiles, la miseria era cada vez mayor en la ciudad; los bonos del tesoro puestos en circulación se descontaban al quince por ciento aproximadamente; las fiestas de Pascuas se acercaban y los comerciantes, que ya luchaban con crueles apuros, veían con terror que aquella temporada, tan fructuosa de ordinario por la afluencia de forasteros, no aportaría aquel año ningún suplemento de ingresos. Pero más grave aún que todo esto era que el elemento indígena se veía cada vez más absorbido por el elemento italiano ó cosmopolita: Mamiani, tan popular un año antes, habíase eclipsado y muchos de los jefes más aclamados habían visto declinar su influencia; en cambio había llegado á Roma Mazzini, á quien se había otorgado el título de ciudadano romano y que había sido recibido con los más altos honores en la Asamblea, en donde le hicieron sentar al lado del presidente. Roma iba á convertirse en el cuartel general de los revolucionarios europeos y era fácil prever que éstos se esforzarían en prolongar la resistencia aun en el caso de que el cansancio de las agitaciones y la ruina de las fortunas movieran á todas las almas honradas al arrepentimiento.

El estado en que la ciudad de Roma se hallaba justificaba la intervención, y las disposiciones de las potencias obligaban á decidirse prontamente por ella si no se quería que otra se anticipara.

Pío IX, refugiado en Gaeta, había agrupado en torno suyo á todo el cuerpo diplomático y había protestado inmediatamente contra las recientes violencias. Después de la proclamación de la República, el cardenal Antonelli, nombrado secretario de Estado del papa, había además dirigido un llamamiento solemne al concurso de todas las potencias y especialmente de Francia, Austria, España y Nápoles, llamamiento que había sido

(1) *Recueil des actes officiels de la République romaine*, página 9 y 15.

muy bien acogido. España se declaraba dispuesta á obrar, y ni siquiera había esperado aquella demanda de socorro para manifestar su opinión, sino que, llevada de su celo, había en 21 de diciembre invitado á los Estados católicos á celebrar conferencias para trabajar por la restauración pontificia. El gobierno napolitano no se mostraba menos entusiasta que el español; el Piamonte había ofrecido sus servicios que habían sido desdeñados; y el Austria se brindaba también, siendo su ayuda ardientemente deseada por el partido retrógrado, cuyo crédito habíase reavivado con los últimos acontecimientos. Fuera de las potencias católicas, las naciones cismáticas ó protestantes, como Rusia é Inglaterra, creíanse también obligadas á demostrar su buena voluntad. En una palabra, Pío IX en su destierro encontraba las simpatías universales de los gabinetes europeos.

Esta unanimidad no dejaba de ser molesta para nuestro gobierno, pues si ponía á su concurso un precio demasiado alto cuando todo el mundo ofrecía el suyo, se exponía á que se prescindiera de él y sobre todo á que se recurriera á Viena. Dominados por este temor, los diplomáticos franceses abandonaron poco á poco su reserva y marcharon, aunque con paso todavía indeciso, hacia una solución. Descartada la intervención piamontesa, nuestros enviados propusieron una acción combinada de Nápoles y España, hicieron observar las benévolas intenciones de Francia, procuraron en primer término alejar la idea de recurrir á las armas austriacas é insistieron con empeño en el mantenimiento de las instituciones liberales consentidas por Pío IX.

Tal era la actitud de M. d'Harcourt y también la de M. de Rayneval, ministro de Francia en Nápoles, que había sido nombrado adjunto suyo. Al lenguaje de nuestros representantes contestó el cardenal Antonelli con esa reserva prudente y cortés en que es maestra la diplomacia romana: ignorábase, decía, los proyectos de Austria, y añadía que el gabinete imperial no dejaría de concertar sus resoluciones con los demás gabinetes. Al través de estas reticencias adivinábase cuál era el pensamiento de la corte pontificia: preferíase á todas la ayuda de Francia, pero si ésta persistía en diferirla ó en regatearla, se buscaría en otra parte, tal vez en Viena, una buena voluntad menos exigente (2). De este modo el gobierno de Luis Bonaparte veíase empujado poco á poco y como á pesar suyo hacia la política de intervención.

VI

En estas disposiciones, algo expectantes todavía, estaban los ánimos cuando surgieron de repente graves sucesos en el Norte de la Península.

Las elecciones del mes de enero de 1849 habían introducido en el parlamento piamontés numerosos representantes de la opinión democrática. Este partido no había cesado de reclamar que se reanudara la guerra contra el Austria, y había llegado á imponerse por completo sobre todo después de la caída de Gioberti. Aquella empresa era insensata, si sólo se tenían en cuenta las probabilidades militares: Francia había desaconse-

(2) *Les Quatre Ministères de M. Drouyn de Lhuys*, por M. de Harcourt, pág. 16.

jado anticipadamente la lucha, y además no podía contarse con la cooperación de los Estados italianos, pues los unos, como Nápoles, habían sido restituidos á sus príncipes, y los otros, como Florencia y Roma, hallábanse en plena anarquía. Esto no obstante, y á pesar de la desigualdad de fuerzas, Carlos Alberto favoreció, en vez de combatirla, la política guerrera: las censuras del año anterior pesaban sobre su corazón y se lanzaba al combate con ardor ciego y desesperado; ya que no

destrozado en Novara, y aquella misma noche Carlos Alberto, que había combatido más como caballero que como soberano, temiendo que su presencia fuese un obstáculo para la paz que se había hecho necesaria, abdicó la corona y abandonó casi como fugitivo aquel reino que había sabido honrar, pero no defender. Súpose muy pronto que se había encaminado hacia Portugal, en donde falleció algunos meses después. Su hijo Víctor Manuel, joven todavía, fué proclamado rey en



El cardenal Antonelli (según rotografía)

había podido ser el libertador de Italia, no le disgustaba ser el mártir de esta causa, y esta especie de sombrero heroísmo que le animaba, animaba también á su ejército.

El armisticio *Salasco* había sido firmado primeramente por seis semanas, pero luego se renovó de ocho en ocho días. El 14 de marzo, Ratazzi, ministro del Interior, subió á la tribuna y declaró que el armisticio había sido denunciado; el día antes, Carlos Alberto había abandonado su capital. Los austriacos y los piamonteses se apercebieron á la lucha, los primeros con alegría ante la esperanza de una próxima victoria, y los segundos con resignación, abominando de los demagogos que les enviaban á morir sin acompañarles en la lucha, pero movidos por el honor militar á cumplir su deber, y fijos en su rey los ojos.

Comenzó en 21 de marzo la campaña, que sólo duró tres días, pues al tercero el ejército piamontés quedó

medio de un ejército vencido y teniendo á su espalda la rugiente demagogia.

En la tarde del 27 de marzo sípose en París el desastre de Novara, que de momento causó una impresión extraordinaria. Si hemos de dar crédito á revelaciones autorizadas, Luis Bonaparte, cediendo á los arrebatos de su raza, mostróse inmediatamente inclinado á la guerra contra Austria, y de tal modo se obstinó en esta idea, que, según se dice, fué precisa toda la influencia de M. Thiers para moderar tan intempestivo ardor. Decía éste que Francia no estaba preparada para entrar en campaña; que era necesario negociar un empréstito, reconstituir el material y movilizar tropas y que, aun empleando prudentemente estos recursos, la empresa era difícil y el éxito incierto. Dícese que el ilustre hombre de Estado habló en este sentido durante largo rato, con aquella abundancia de ideas que era común en él y con aquel lujo de detalles que deslumbraba á su in-

terlocutor, poco familiarizado con las realidades de la política; mas á pesar de tan enérgicas instancias, temió no haber convencido al príncipe, siendo tan grandes sus temores que se apresuró á dar conocimiento de lo que ocurría al encargado de negocios de Austria, señor Hübnér, y le apremió para que expidiese un correo á Viena recomendando moderación; de lo contrario, decía, no se tendría la seguridad de poder contener las impacencias de Bonaparte. En el comité de Negocios extranjeros, como en el Eliseo, manifestáronse ciertas veleidades guerreras y aun hubo quienes pidieron que, sin pérdida de momento, se ocuparan la Saboya y los pasos de los Alpes, ó bien la misma ciudad de Génova. Finalmente, la política belicosa halló dos campeones en la representación nacional, Ledru-Rollín, que habló en nombre de la Montaña, y M. Billaut, órgano de una especie de tercer partido que se mantenía á igual distancia de la extrema izquierda que del Eliseo. Afortunadamente M. Thiers, que había sido el abogado de la paz cerca de Luis Bonaparte, lo fué también en la Asamblea, en donde hizo resaltar con gran energía la gravedad de la determinación que había de tomarse; recordó que para vencer en otro tiempo á Austria habían sido necesarios Marengo y Hohenlinden, y que en la actualidad Austria no estaría sola, sino que detrás de ella habría la Confederación germánica y Rusia. De modo, decía, que lo que se quiere es la lucha de *uno contra tres*, y no por cuestión de territorio, sino por cuestión de influencia. «M. Ledru-Rollín y sus amigos, añadía el orador con irresistible lógica, hoy aconsejan la guerra; y sin embargo hace un año, cuando la anarquía reinaba en Viena, retrocedieron ante esta suprema responsabilidad. ¿Cómo quieren ahora que el gobierno emprenda contra el Austria regenerada lo que no se atrevieron á emprender contra el Austria debilitada?» Así habló M. Thiers; y la Asamblea, en 31 de marzo, votó por 444 votos contra 320, una orden del día concebida en los siguientes términos: «La Asamblea nacional declara que si, para mejor garantir la integridad del territorio piomontés y para mejor defender los intereses y el honor de Francia, cree el poder ejecutivo que ha de prestar á sus negociaciones el apoyo de una ocupación parcial y temporal de Italia, encontrará el más completo concurso en la Asamblea nacional.» Esta orden del día, si sólo nos fijamos en sus términos estrictos, parecía dar al ministerio una especie de carta blanca para negociar ó combatir; pero los que iban al fondo de las cosas comprendieron que ese lenguaje un tanto ambiguo no era sino una satisfacción dada al amor propio nacional y un artificio para reunir una mayoría más numerosa. Bien claro se veía que la política del buen sentido se imponía por encima de la política de ilusiones y de aventuras.

Aquellas alarmas excesivas, aquellas veleidades guerreras revelaban, á lo sumo, poca sangre fría en el jefe del Estado y un conocimiento imperfecto de los hechos en los representantes. En 16 de marzo, el príncipe de Schwarzenberg, ministro de Negocios extranjeros del imperio, había declarado á nuestro embajador que fuesen cuales fueren las eventualidades de la próxima lucha, el gabinete de Viena no pediría al Piamonte ningún sacrificio de territorio y se contentaría con una indemnización de guerra; é iguales seguridades había rei-

terado á nuestro enviado el 21 y el 22 del propio mes, cuando ya se habían roto las hostilidades (1). Además había empleado el mismo lenguaje con el representante de Inglaterra, lord Ponsomby: «No pretendemos ninguna extensión de territorio, le había dicho; es más, estamos resueltos á proseguir en el reino lombardo-veneto nuestros proyectos de mejora y de reformas (2).»

Después de la victoria, no se apartó Austria de esta línea de conducta moderada. El anciano Radetzki, que antes de entrar en campaña se había expresado en términos de excesiva violencia contra el Piamonte, quiso mostrarse generoso con el joven rey á quien la derrota acababa de dar prematuramente una corona y á quien la suerte de las armas ponía á su discreción, y le dispuso toda suerte de consideraciones sin sospechar que algún día había de ser aquel monarca tan fatal para su patria. El 26 de marzo trató directamente con él, y cuando algunas horas más tarde los enviados de Francia y de Inglaterra, M. Bois-le-Comte y sir Abercromby, se presentaron en el campamento de los vencedores para pedir que suspendieran la marcha sobre Turín, oyeron de los propios labios del general que acababa de firmarse el armisticio. Radetzki, á quien se acusaba de abrigar implacables propósitos, recibió muy afectuosamente á los dos diplomáticos y les habló en los términos más conciliadores, manifestándoles que pronto se concedería una amnistía, «que si de él dependiera la paz sería un hecho en seguida y que su mayor deseo era salir del Piamonte y regresar á los Estados del emperador (3).» Ciertamente añadió que pediría la ocupación de Alejandría; pero explicó esta exigencia por la necesidad de atender á la seguridad de sus tropas. Estas noticias, transmitidas á París, calmaron la alarma de los primeros momentos é hicieron cesar la fiebre belicosa que había exaltado algunas cabezas. Quedaban indudablemente muchos puntos que discutir entre Turín y Viena, y sobre todo la fijación de la indemnización de guerra y la ocupación de Alejandría podían motivar no pocas discusiones; pero estas eran cuestiones secundarias, de esas que resuelve la diplomacia y que no ponen las armas en manos de los pueblos.

De modo que aquella campaña de tres días no engendró las complicaciones que hubiera podido temerse que de ella resultarían. Pero no diríamos la verdad si afirmáramos que no influyó para nada en nuestras resoluciones. Tuvo, en efecto, un resultado imprevisto, aunque muy natural, y fué imprimir una marcha decisiva en nuestra política respecto de Roma. Fácil era prever que Austria victoriosa no resistiría á la tentación de añadir á sus triunfos el de restituir al papa á su capital; pues bien, si tal suceso se realizaba, nuestra influencia en Italia quedaría destruída y destruída quedaría también la obra liberal que Francia había aconsejado y que Pío IX había intentado llevar á la prácti-

(1) Declaración de M. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros, sesión del 30 de marzo (*Monitor* de 1849, página 1.157).

(2) Despacho de lord Ponsomby á lord Palmerston, 26 de marzo de 1849 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, parte IV, pág. 221).

(3) Despacho de M. Bois-le-Comte, 27 de marzo. Despacho de sir Abercromby, 27 de marzo.

ca. Pase que se hubiese consentido que Austria venciera en Novara; pero permitir que al día siguiente de aquella jornada interviniera en la capital del mundo cristiano, habría sido llevar demasiado lejos la política de abstención. Importaba mucho apresurarse si no se quería que otro se anticipara; desde aquel momento, pues, quedó decidida la expedición á Roma.

día, la situación se ha presentado muy clara: Austria va tras las consecuencias de su victoria, y por otra parte, los informes que recibimos anuncian la inminencia de una crisis en los Estados romanos. «En estas condiciones, terminaba diciendo el presidente del consejo, el protectorado de nuestros nacionales, el deber de mantener nuestra legítima influencia en Italia, el deseo de



El feld-mariscal Radetzky, retrato dibujado por Skallitzki

VII

Una vez adoptada esta resolución, era preciso solicitar, en forma de una petición de crédito, la ratificación de la Asamblea. Era esta una última prueba, y no sin peligros, para la política de intervención: si se revelaban el objetivo y todas las consecuencias posibles de la expedición, era de temer que los republicanos moderados se unieran á la Montaña é hicieran fracasar el proyecto; si, por el contrario, se atenuaba el carácter de la empresa, asegurábase el éxito presente, pero quedaba en pie un equívoco que pesaría, tal vez gravemente, sobre el porvenir.

El 16 de abril, la Asamblea discutía el presupuesto de Hacienda cuando M. Barrot subió á la tribuna para dar cuenta de una comunicación del gobierno. Comenzó por recordar el voto de 31 de marzo que había autorizado, en caso de necesidad, una ocupación temporal y parcial en Italia. Desde que se dió aquel voto, año-

contribuir á que las poblaciones romanas obtengan un buen gobierno fundado en instituciones liberales, todo nos obliga á usar la autorización que nos habéis concedido.» Dicho lo cual, M. Barrot leyó un proyecto de decreto por el que se abría un crédito de 1.200.000 francos para sostener, durante tres meses, un cuerpo llamado *cuerpo expedicionario del Mediterráneo*.

Pedida la urgencia, reunióse inmediatamente la Asamblea en secciones para elegir una comisión: entre los quince individuos elegidos, cinco pertenecían á la derecha y eran resueltamente favorables al proyecto; cinco formaban parte de la Montaña y eran decididamente opuestos al mismo, y otros cinco figuraban en el partido republicano moderado y reservaban su adhesión. El décimoquinto, M. Julio Favre, oscilaba entre los moderados y los montañeses; era una especie de aliado dudoso, mucho más temible que un enemigo.

La primera idea de la comisión fué pedir explicaciones más claras, deseo que nada tenía de superfluo por-